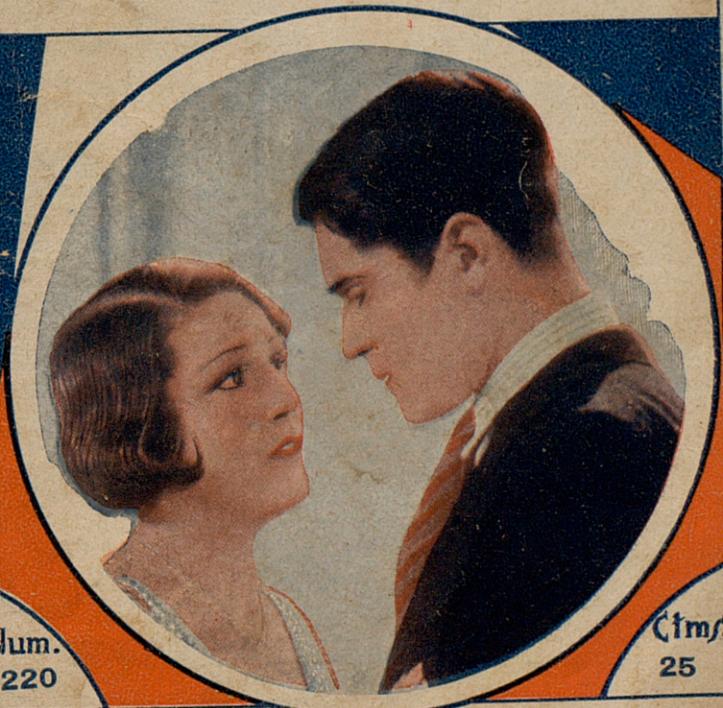


**FILMS de
1 AMOR**

LA TAQUI-MECA



Num.
220

Cms.
25

MARIE GLORY - JEAN MURAT

FILMS DE AMOR

EL IDEAL DE LOS AFICIONADOS

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234 - APARTADO 707 - BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARÁ, NÚMEROS 14 Y 16

APARECE LOS JUEVES

AÑO VI

NÚM. 220

DACTILO

LA TAQUIMECA

Adaptación en forma de novela de la comedia
sonora del mismo título, interpretada por los
notables artistas

Marie Glory - Jean Murat

Versión novelesca de E. MOLDES

EXCLUSIVAS

CINÆS, S. A.

Via Layetana, 55

Barcelona

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



I

Simone Dupré llegó a París. Venía de las provincias tranquilas y apacibles donde la vida tiene quietud de remanso, y traía consigo, además de un modesto equipaje, la pretensión de conquistar la gran ciudad.

La conquistada; sin embargo, estuvo a punto de ser ella. Y en la misma estación, antes de enfrentarse con la urbe dinámica y gigantesca.

Un sujeto estaba allí, a caza, precisamente, de esas jovencitas que, como ella, llegaban de provincias con la intención de pasearse en automóvil al poco tiempo de radicarse en la capital. Se le acercó. No podía engañarse. El tipo de Simone Dupré preguntaba a la legua su procedencia.

—¿De provincias, eh, señorita? — le preguntó.

—Sí — respondió ella displicentemente.

—¿Ya tiene usted elegido sitio donde alojarse?

—No; todavía no... Pero creo que aquí no será difícil encontrarlo.

—Déjelo a mi cargo... Conozco una pensión para señoritas, que ni hecha a la medida para usted.

—¡Ah!

—¿Traerá usted algunos ahorrillos, verdad?

—Sí, algunos.

—Perfectamente. Entonces, si quiere usted, yo la acompañaré a esa pensión.

—Bueno.

El desconocido llamó a un taxi que pasaba, y abriendo la portezuela, dejó entrar galantemente a la joven.

Entonces ocurrió lo inesperado. Simone Dupré, demostrando a su servicial caballero que, si era provinciana, no tenía un pelo de tonta, cerró de golpe la portezuela y dió orden al chófer de emprender la marcha, dejando a su acompañante con un palmo de narices.

¡Esta fué su primera proeza antes de poner el pie en las calles de París!

Un poco después, Simone estaba en una auténtica casa de huéspedes de París; tan auténtica, que todos los días de la semana había patatas cocidas como plato de fuerza del menú.

Había allí modistillas, mecanógrafas, unidades de ese ejército maravilloso que en las grandes ciudades anima las calles con el encanto de sus risas, de sus flirts y de sus medias de seda. Mucha alegría. Aquella frase: "Comemos poco, pero nos reímos mucho", encontraba en la *pensión de familia*, como rezaba la placa de la puerta, el marco adecuado.

Simone Dupré fué acogida cordialmente. Una más. Se le preguntó:

—¿Viene usted en busca de colocación?

—Sí — respondió ella—. Soy taquimecanógrafa.

—¡Con ese oficio no engordará usted mucho! — comentó una.

—¡No hay como un amiguito rico! — terció otra.

—¡O varios!

—¡Con un marido que ganara dos mil francos, me contentaba yo! — añadió una linda muchacha de ojos soñadores.

Simone Dupré escuchó sonriente a aquellas muchachas que ya consideraba como amigas, y dijo:

—Realmente, son ustedes muy poco ambiciosas... Yo pico más alto.

—¿Qué quiere, entonces? ¿Un príncipe?

—¿Un banquero, tal vez?

—Pues dese prisa, porque ya se acaban...

¡Todos se fugan!



En una auténtica casa de huéspedes...



Fué acogida cordialmente por las compañeras de pensión.

Y se reían con grandes carcajadas, que iban amoscando progresivamente a la recién llegada. Por fin, no pudo aguantar más—no era su fuerte la paciencia—, y levantándose bruscamente, exclamó casi a punto de echarse a llorar:

—¡Ríanse todo lo que les parezca!... ¡Yo sé lo que quiero! ¿Acaso no puede una tener ambiciones?

Una carcajada general coreó sus últimas palabras. Simone Dupré, para no cometer un crimen, corrió a encerrarse en su habitación.

II

A la mañana siguiente Simone se asomó a esa ventana matinal que es un periódico, para las personas que buscan empleo, y desde ella divisó un panorama henchido de esperanzas.

Había por docenas los anuncios pidiendo taquímeconógrafas. ¡No podía, pues, ser difícil obtener una buena colocación! Salió a la calla más decidida que nunca a conquistar París; pero pronto advirtió que la empresa no

era tan fácil como a primera vista le había parecido. Si había muchas ofertas, había infinitamente mayor número de demandas. En las oficinas que visitó, se encontró con colas imponentes de muchachas que, como ella, esperaban resolver el problema de su vida por medio de una colocación regularmente remunerada.

No se desanimó, sin embargo. París es muy grande, y aunque su caudal de resistencia era escaso, siguió confiando en su buena estrella.

Al pasar por delante de la Banca Derval, tuvo la corazonada de que allí estaba el empleo que buscaba, y se decidió a entrar. Pero, cuando iba a trasponer la puerta, vió por los cristales cómo el conserje despachaba con malos modos a una muchacha, que sin duda, a juzgar por su aire humilde, había acudido también en busca de colocación.

Así era, en efecto. La joven, al pasar ante ella, dijo sin mirarla, como hablando consigo misma:

—¡Basta que una pida un empleo para que se lo nieguen!

Se alejó la joven, y Simone estuvo a punto de seguirla, convencida de que allí no había nada que hacer. Pero antes, se puso a observar al conserje a través de los cristales. Era un hombre alto, seco y desgarrado. Cuando alguien entraba, simulaba entregarse al tra-

bajo con una fiebre digna de un cargo mucho más elevado; mas, al quedarse solo, sacaba de entre los folios del gran libro que tenía delante una partitura, y, utilizando una regla a guisa de batuta, se ponía a cantar con la mejor buena fe del mundo.

Simone, que ya hemos dicho no tenía un pelo de tonta, comprendió que aquel hombre tenía un punto flaco, y se dispuso a atacarlo hasta vencer.

Entró. Y sin darse por enterada del ceño que le presentó el conserje, que por más señas se llamaba Jules, le dijo muy sonriente:

—Ya le he oído a usted cantar... Tiene usted una voz preciosa... ¿Acaso de tenor?

—No, señorita. ¡De barítono! — respondió el firlarmónico conserje, hinchado ya por la vanidad.

—Con su voz, debiera usted cantar en la Opera... aunque no fuese más que como corista...

—¡Señorita!... Ignora usted que soy el Presidente, el Vicepresidente y el Director artístico de "La Alcanfía!...", sociedad recreativa de los empleados de Banca...

—Oh!, perdóneme, señor Presidente...

—No vale la pena... Lo que estudiaba es una obra que pienso cantar en nuestro banquete anual.

—¡Cuánto me gustaría ir!

—Nada más fácil... Es pasado mañana, en Casa Poulain...

—Pasado mañana será tarde... si antes no he encontrado empleo.

—¡Ah!, ¿de modo que ha venido usted aquí en busca de empleo?

—No, señor; he entrado solamente atraída por su canto.

—Bien; espere aquí. Hablaré al jefe de personal.

El ogro se había humanizado. Se levantó, sin perder su dignidad de Presidente de "La Alcanfía", y dirigiéndose al interior, penetró en un despacho, en el cristal de cuya puerta unas letras doradas combinaban estas palabras:

"MOREAU

Jefe de Personal".

Simone Dupré esperó. Cinco minutos. Diez. Al fin se presentó de nuevo el conserje, y, acercándose a ella, le dijo en voz baja:

—Ya puede usted entrar a verle... No le he dicho que buscaba usted empleo, pues ni siquiera la habría recibido...

Comprendió Simone que había llegado para ella la hora de jugarse la carta decisiva. No vaciló. Con paso firme se entró en el despacho que Jules acababa de abandonar, y un

segundo después estaba en presencia de M. Moreau, empleado de Banca de profesión y émulo de Casanova por vocación, el cual complacido al ver la belleza delicada de la joven. Se levantó, e indicando a la señorita Dupré un sillón contiguo a la mesa:

—El conserje me ha dicho que quería usted proponerme un negocio...

—¿Le ha dicho... un negocio? — preguntó la joven un poco turbada.

—Sí. ¿De qué se trata, señorita?

—De... De eso... de un negocio...

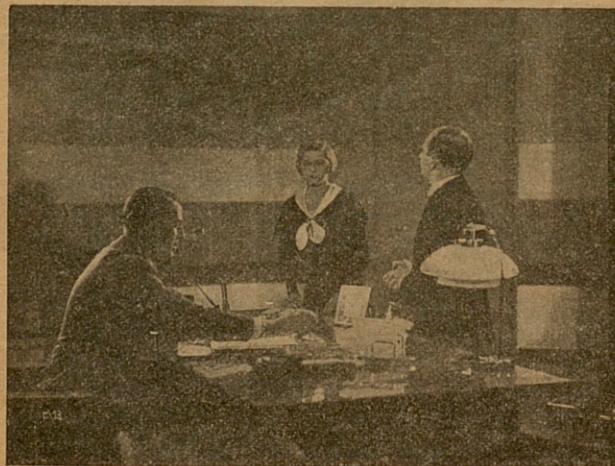
—Pero, un negocio... ¿de qué género?

Simone Dupré sin duda no se habría considerado una mujer desgraciada si en aquel momento se abriese la tierra a sus pies y la devorase. Un negocio! ¿De qué negocio podía ella hablar a aquel caballero que la escuchaba con visibles signos de impaciencia? ¿Qué iba a decir ella, desconocedora en absoluto de la vida comercial de la ciudad?

El señor Moreau, que se tenía por un buen conocedor de las mujeres, no vaciló en interpretar su silencio y su turbación como una prueba de que el negocio que aquella muchacha iba a proponerle pertenecía al género de los inconfesables, por lo menos en la primera entrevista, y así, sin andarse por las ramas, sentado como se hallaba frente a ella, se apoderó sin cumplimientos de una de sus



— Tiene usted voz de tenor.



La llamó a su despacho para advertirle...

bien torneadas piernas y preguntó, acariciándola:

—¿De medias de seda, tal vez?... ¡Buena calidad, a fe mía!

—Me hace usted cosquillas... y es usted muy pícaro — respondió Simone, atacada de una súbita hilaridad.

—¿Le hago gracia, eh?

—No... no es eso... Es que... hay un malentendido...

—¿Qué quiere usted decir? ¡Hable usted! ¡Pronto!

—Yo he venido aquí... solamente en busca de un empleo en el Banco...

—¡Ah!, ¿un empleo?... Me parece que va a ser muy difícil...

Luego reparó detenidamente en la muchacha; la examinó de la cabeza a los pies, y el examen debió de dejarle satisfecho, por cuanto añadió:

—Pero no imposible... Hay una vacante de taquimecanógrafa... pero el conseguirla sólo depende de usted. ¿Me entiende lo que quiero decir?

Otra mujer tan honesta como Simone, pero menos decidida, habría retrocedido inmediatamente. Pero la señorita Dupré, aunque provinciana, era una chica de la nueva generación, incapaz de asustarse de nada. Además, tenía que resolver por sí misma el ar-

duo problema de su alimentación, y con los escrúpulos no se come.

Esbozó un gesto picaresco, que una "demimondaine" le hubiera envidiado, y prometió:

—Puede usted contar conmigo... en absoluto.

III

¡Colocada! ¡Y colocada antes de las veinticuatro horas de haber llegado a París! ¡Decididamente, la suerte la acompañaba!

Fué la primera en acudir a la oficina, a la mañana siguiente. En cuanto se presentó Moreau, la acompañó hasta una mesita de la sala de máquinas y le dijo:

—Aquí tiene usted su sitio...

Y añadió, entregándole unos papeles:

—Y aquí su primer trabajo, que debe entregarme mañana por la mañana.

Después, cuando ya se retiraba y Simone tomaba asiento ante la mesita, le hizo una última recomendación:

—Ruego a usted examine bien su carpeta antes de ponerse a trabajar...

Y mientras él se alejaba, la señorita Dupré obedeció su orden. Abrió la carpeta. Estaba vacía. Sólo había en ella un papelito, escrito con letra masculina, clara y firme, que decía lo siguiente:

“Preciosa:

Te espero esta noche a las ocho en la Plaza de la República.

M.”

Comprendió. Era una cita del don Juan de la Banca Derval. Consideró aquello algo comprometido, pero pensó que desde entonces hasta las ocho de la noche tenía tiempo de elegir el camino que le pareciese mejor.

La compañera que estaba a su lado, y que no había perdido ni una coma de la escena, le dijo con sorna, al verla sonreír:

—Parece que el trabajo la pone alegre, ¿eh?

—En efecto; ¡a qué negarlo!

—¡Ya veremos lo que le dura la alegría!

A las ocho menos diez el señor Moreau se personó en la Plaza de la República. Venía radiante de satisfacción. ¡Una nueva conquista! ¡La vida era para él!

Cuando sonaron las ocho en un reloj cercano, estaba impaciente y nervioso; hubiera querido que sus ojos se multiplicasen, para poder dominar todos los horizontes que se divisaban desde la plaza.

A las ocho y cinco estaba furioso.

A las ocho y diez se sintió en ridículo.

¡Por primera vez en su vida una mujer le había “dejado colgado”! Y era aquella mujer, precisamente, la que menos dificultades parecía ofrecer para añadir su nombre a la lista de sus conquistas.

A la mañana siguiente el señor Moreau se presentó en la oficina de pésimo talante. En cuanto llegó, hizo llamar a Simone a su despacho privado, y cuando la tuvo ante él, le dijo secamente:

—Señorita Dupré... ¡veo que se ha burlado usted muy donosamente de mí!

Pero la muchacha llevaba ya bien estudiado su rol. Enseñó a su principal unos papeles que llevaba bajo el brazo, y exclamó con acento de sorpresa:

—¿Yo?... Le entregó el trabajo a la hora que me dijo usted.

—La estuve esperando cuarenta minutos.

—Lo siento — respondió ella, como si no quisiera entenderle—... Me he dado toda la prisa posible...

—¡Ha sido un gran error!...

—¿Un error? ¡Imposible!... Lo he leído tres veces antes de entregarlo.

El señor Moreau arrojó con ira los papeles sobre la mesa y se levantó:

—Por lo visto, se empeña usted en no comprender, ¿no es verdad?

—No, señor; comprendo perfectamente... Mi trabajo...

—¡Bien!... Puesto que no quiere usted referirse más que a su trabajo, de su trabajo hablaremos... ¡Tómelo usted!

—¿Por qué me lo da?

—¿Por qué?... ¡Porque está mal hecho y tiene que rehacerlo todo!... Esta tarde, a la hora de cerrar, usted se quedará aquí hasta que lo termine.

Simone se resignó. ¡Después de todo, no pagaba muy cara su jugarreta!

Se cerró la oficina. Y Simone Dupré empezó a cumplir el castigo que le habían impuesto. Sumida en su faena se hallaba, cuando se presentó ante ella el ilustre conserje, el cual, aprovechando la soledad que les rodeaba, le dijo:

—No olvide usted que esta noche es la gran fiesta de "La Alcancía"...

—No podré ir... Ese idiota de Moreau me ha hecho rehacer el trabajo.

—¡Comprendo!... Sin duda la ha requerido de amores, y usted le ha dado con la puerta en las narices, como se dice vulgarmente. ¿No es así? ¡Conozco sus procedimientos!

—¡Así es! ¡Pero yo no lo toleraré! ¡Me quejaré al director!

—¿Por qué no?

—Vamos a ver... ¿qué tal es el director?

—No está mal... Alto, buen tipo... ¡Por mi estilo!

—¿Es sensible... a los encantos femeninos?

—¡Ah!, eso lo ignoro... ¡Nunca hemos ido de juerga juntos!

El director de la Banca—el señor Derval—era tal como lo había pintado el bueno de Jules, aunque no tan parecido al ilustre conserje como éste aseguraba. Era, en realidad, un muchacho sano y fuerte, que le gustaba vestir bien, comer bien y divertirse bien. La Banca le interesaba, es cierto, y a ella consagraba una buena parte de su vida; pero cierto es también que, en cuanto se cerraba la oficina, no volvía a ocuparse de números hasta la mañana siguiente. La noche—opinaba él—, con su lámpara de plata colgada en el cielo, no se había hecho para la prosa de los números, sino para la poesía del amor. Y como el amor es un gran libro que tiene numerosas páginas, él, cada noche, leía una página, o lo que es lo mismo, amaba a una mujer distinta.

Terminados los quehaceres en su despacho, la tarde de nuestra historia, el señor Derval se dispuso a salir; pero, cuando iba a hacerlo, le llamó la atención el tecleo de una máquina de escribir, que sonaba en la sala de las mecanógrafas.

Se dirigió allí y vió a Simone. No la conocía. Los empleados de su Banca con fre-

cuencia ingresaban en su casa o eran despedidos de ella sin que él tuviese la menor noticia. Iba a pasar de largo, pero no encontró desagradable, ni muchísimo menos, la belleza suave de la provincianita, y se acercó a ella:

—¿Qué hace usted aquí?

—Ya lo ve usted... ¡Trabajo! — respondió ella, sin sospechar la alta categoría de su interlocutor.

—¿No será una cartita amorosa lo que escribe?

—No. Son números... La cartita amorosa la escribiré mañana... ¡al director!

—¿Y qué le dirá usted al director en esa carta amorosa?

—¡Le diré que su jefe de personal es un mal pájaro!

—¡Ah!... ¿Tampoco le gusta a usted?

—Ni a usted tampoco, por lo que veo... ¡Apuesto a que también le ha hecho rehacer el trabajo, como a mí!

—Exactamente. Y como he terminado, me voy.

—¡Todos iguales, los hombres!

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque si fuera usted amable, diría: "Señorita; tiene usted mucho trabajo... ¿Puedo ayudarla?"

—Pues bien... Señorita; tiene usted mucho trabajo... ¿Puedo ayudarla?

—¿Sabrá usted dictarme?

—Creo que sí... Probaremos.

El señor Derval, contento de la novedad de aquella aventura, se puso a dictar. Pero, al parecer, le interesaba mucho más contemplar el rostro de la muchacha que mirar las largas rengleras de números, y con frecuencia se equivocaba, lo que obligó a Simone a decirle:

—Si fuera usted el amo, ¡pobre Banco! En ocho días quebraba.

Se cansó por fin el banquero de aquella comedia, que le estaba robando un tiempo precioso, y usando ruegos y promesas de que él convencería a Moreau, consiguió que la señorita Dupré accediese a cenar con él aquella noche. Y como ella estaba deseando asistir a la fiesta y banquete de "La Alcancía", allí se encaminaron los dos, cuando la fiesta se hallaba ya en su apogeo.

Su llegada produjo el efecto de una bomba. Jules, el conserje del Banco, palideció hasta la lividez, abrumado por tan inesperado honor, y cuando su turbación cedió un poco, se puso en pie sobre una silla, muy poseído de su papel de Presidente, y empezó uno de sus discursos interminables:

—Señoras y caballeros... Tengo el alto honor de anunciarles la presencia entre nosotros de un gran personaje... de un gran personaje... que... que...

Se atragantó. El señor Derval acababa de lanzarle, a hurtadillas, una mirada tan expresiva y tan amenazadora, que el pobre hombre, temeroso de ver su empleo en las nubes, descendió y enmudeció, como si sus palabras hubiesen sido el canto del cisne.

Se sentaron a una mesa y Derval pidió champaña.

—¡Oh, champaña! — exclamó ella asombrada—. ¡Pero eso es una locura!

—Es que he cobrado una gratificación...

Bebieron. Y Simone, sintiéndose con unos grandes deseos de divertirse, dijo:

—¿Y si invitáramos a Jules a nuestra mesa? ¡Es tan simpático!

—No hay inconveniente — respondió el banquero—. Yo mismo voy a buscarlo.

Se levantó y se acercó a Jules, que temblaba.

—Venga a mi mesa — le dijo en voz baja — y condúzcase como si yo fuera un compañero de oficina... ¿Estamos?

—Sí, señor director.

—En estos momentos no soy el director.

—¿Ha quebrado el Banco?

—Afortunadamente, no.

—¡Ah! ¡Tanto mejor, señor director!

—¡Oiga! ¡Si vuelve a llamarme señor director, le rebajo el sueldo! ¿Me entiende usted?



Quando el baile estaba en todo su apogeo...



Se sentaron a una mesa y Derval pidió champaña.

—Sí, señor director.

Derval vaciló. ¿Debía estrangular a aquel hombre? ¿Debía encogerse de hombros? Se decidió por lo último. Y dos segundos después Jules estaba ante Simone. Pero en el momento en que su jefe le invitaba a sentarse, el hombre no pudo contenerse, y exclamó:

—¡Tanto honor... señor director!...

—¿Por qué le llama señor director? — preguntó la muchacha, extrañada.

—Es en guasa.

—Sí es una broma — añadió Jules—... Como él está solo en su departamento, pues ...claro ...es su propio director.

—¡Es usted demasiado simpático para ser un director! — dijo ella a Derval.

—Sin embargo... Hay directores que son relativamente amables.

—¡Pero no el nuestro!

El Presidente de "La Alcañía" sudaba tinta. Simone se desahogaba. Su ira contra el jefe de personal se extendía hasta el director de la Banca, y los epítetos más amables que tenía para él eran los de loro y eserpento.

Por fortuna, el champán corría en abundancia, y donde hay champaña no hay tragedias. Derval acabó por olvidar que era, en efecto, el director, y Jules acabó por olvi-

darlo también. El vino espumoso había abtido las barreras.

Al salir del restaurante el banquero sintió la necesidad de confesar a Simone que la amaba apasionadamente; pero ella le respondió:

—Quisiera que me comprendiera usted... Yo tengo aspiraciones; no me resigno a ser mecanógrafa toda la vida... No puedo ser la mujer de un empleado... y menos aún su amiga... Quiero ser libre, para correr mi suerte... Quiero vivir y aprovechar la vida...

—Bien... olvidaré esta noche.

—Pero... seguiremos siendo buenos amigos, ¿verdad?

—Como usted quiera — respondió Derval friamente.

—¿Me guarda rencor?

—¡De ningún modo! Al contrario: la admiro. Es usted muy positiva y sabe muy bien lo que quiere... Falta saber si la razón se impondrá siempre al corazón... Lo celebraría. ¡Adiós, señorita Dupré!

IV

A la mañana siguiente, en las oficinas de la Banca Derval, Simone tuvo ocasión de conocer en su verdadera personalidad a su galán de la noche anterior. Entró éste en la sala de máquinas, y ella vió con estupefacción cómo hasta el propio Moreau, que tan omnipotente parecía, se inclinaba respetuosamente ante él, llamándole señor director.

Cuando Derval se retiró, Simone pretendió ser recibida por él en su despacho, para pedirle una explicación de su conducta; pero Moreau se hallaba dentro, celebrando una entrevista de negocios con su principal, y la mecanógrafa no tuvo más remedio que dejar su pretensión para ocasión mejor.

No fué baldío, empero, el paso que había iniciado. En cuanto ella hubo salido, Derval se volvió al jefe de personal y le preguntó:

—¿Está usted satisfecho de los servicios de esa muchacha?

—¡Estoy muy descontento, señor director! Le había confiado un trabajo, y me lo ha devuelto sin terminar y lleno de faltas...

—¿Lleno de faltas?

—Sí... ¡Es inaudito! Yo propondría incluso su despido...

—Pues... yo le ruego que la conserve en la casa. ¿Le parece bien?

—¡Claro que sí, señor director! ¡Lo que usted mande! ¡Naturalmente!

—Entonces, no hay más que hablar. ¡Estamos de acuerdo!

Entretanto, Simone, decidida a toda costa a tener una explicación con su jefe, se había puesto al habla con Jules, su aliado incondicional, y entre los dos habían ideado un plan audaz, que no tardaron en llevar a la práctica.

Consistía dicho plan en alejar a la secretaria particular del banquero; y no se anduvieron por las ramas. Jules, aprovechando una ausencia de su principal, se dirigió a la secretaría — que, dicho sea de paso, era un loro con faldas y gafas de carey — y le hizo saber que el señor Derval le había dejado la orden de que saliese inmediatamente para El Havre, donde él la esperaba.

Se jugaba el todo por el todo, pero el que no se aventura, no pasa la mar.

Al día siguiente, Simone, desarrollando la segunda parte de su plan, se introdujo en el despacho del banquero, y cuando éste llegó, le preguntó, sorprendido:

—¡Cómo!... ¡Usted!... ¿Qué es lo que hace aquí?

—Como su secretaria está ausente... he pensado que usted pudiera necesitarla.

—¡Qué curioso! ¿Y dónde estará mi secretaria?

—No lo sé, señor director.

—Bien, bien... Se ha cambiado usted el peinado, ¿eh?... y por cierto que le sienta muy bien... Pero, en fin, señorita, es hora de oficina y no podemos perder tiempo... Explíqueme usted por qué reemplaza a mi secretaria.

—Porque... porque quería hablarle... La otra noche cometí un gran error...

—¡Ah, sí! Me tomó usted por un empleado de banca...

Iba Simone a contestar, pero sonó el timbre del teléfono, y la voz de la secretaria auténtica se vertió en el auricular:

—Estoy en el Havre, según sus instrucciones, señor director...

—¿Qué instrucciones? — preguntó Derval en el colmo del asombro.

—Las de trasladarme a El Havre, donde usted me esperaría.

—¡Yo no he ordenado semejante cosa! ¿Quién le ha dicho eso?

—Jules, señor director... Vino anoche a decírmelo.

—¿Jules?... ¡Aguante el auricular y espere!

Un timbrazo. Y Jules aparece, lívido, olfateando la catástrofe.

—¿Es usted quien se ha permitido enviar a mi secretaria a El Havre?

Antes de que el conserje contestase, saltó Simone:

—¡Lo ha hecho porque yo se lo pedí, señor director!

—¿Y me ha creído usted tan tonto que...?

—Sí... digo... no, señor director.

Derval estaba verdaderamente furioso. ¡Aquello era una burla intolerable! Aun si se tratase solamente de Simone... En ese caso, la broma habría tenido una importancia muy relativa; pero haber mezclado a aquel imbécil de Jules, "el último mono de la casa"...

Se portó enérgicamente. Despidió a Jules. Y por temor de que Simone siguiese riéndose de él, despidió también a Simone. Luego se quedó satisfecho. Había procedido con una entereza de hombre de negocios, que sabe sacrificar las tentaciones cuando llega la ocasión.

Pero, en aquel instante vió el auricular sobre la mesa y lo tomó suavemente:

—¿Todavía está usted ahí? — preguntó a su secretaria—. Perdóneme... La había olvidado por completo.

—¿Entonces, qué debo hacer?... ¿Regreso a París por el primer tren?

—¡Claro! Es decir... Espere...

Reflexionó unos instantes, y al fin dijo:

—Oiga... En estos últimos días he observado que no tenía usted muy buen semblante... ¿Y si aprovechara el viaje para descansar? ¿Qué le parece mi idea?... El Havre es una ciudad muy bonita... Sí... Ya me arreglaré... Naturalmente, todo por mi cuenta...

Colgó el aparato y se frotó las manos; ahora sí que con verdadera satisfacción. Desde luego que el hombre de negocios quedaba en un papel no muy airoso. ¡Pero, al diablo la pose! Lo que a él le interesaba era conservar a su lado a aquella simpática y bonita Simone Dupré, que tanto ingenio demostraba.

.....

RECUERDE ESTE TÍTULO

EL TENIENTE SEDUCTOR

POR EL INCOMPARABLE
CHEVALIER

V

Hizo sonar un timbre. Apareció un ordenanza. Y el señor Derval ordenó:

—Prepare para las cinco té, pastas y Oporto... Sí... como de costumbre... Para dos personas, claro...

—Después mandó llamar a la señorita Dupré, y ésta compareció, arreglada ya para salir.

—¡Cómo! — exclamó Derval—. ¿Con sombrero? ¿Sale usted acaso?

—Señor, ¿no acaba usted de despedirme?

—¿Yo?... ¡Esa sí que es buena!

Se puso a pasear a grandes zancadas por el despacho, fingiendo una cólera que estaba muy lejos de sentir. De pronto se detuvo ante Simone:

—¡Muy bonito! ¡De modo que me deja sin secretaria... sabe que tengo trabajo urgente... y se marcha!

Y como la muchacha callase, encantada del panorama color de rosa que se abría inespablemente ante ella, añadió:

—Ahora tengo que salir... Venga a mi

despacho a las cinco y despacharemos la correspondencia.

—¿Y Jules? ¿Podrá quedarse? — preguntó ella.

—Bien; que se quede.

A las cinco de la tarde, Simone, como presumía, no se encontró con un jefe dispuesto a despachar su correspondencia, sino con un hombre galante, y joven, y guapo, decidido a hacer lo más amable posible el "five o' clock tea".

Se charló, se flirteó, se discreteó. Y, por fin, Derval, hombre que no gustaba de perder el tiempo, ni aun en asuntos de amor, se fué directamente al grano:

—Conozco sus ideas sobre el amor, señorita Dupré; sé cuáles son sus deseos y lo que espera usted de la vida... ¿Me permite ofrecerle mi amistad... con todo lo que lleva consigo?

—¿O sea?

—Trajes... joyas... un auto... En fin, todo el lujo que usted merece...

Simone, que se había ido poniendo muy colorada a medida que hablaba su principal, explotó al fin, y utilizando como proyectiles los emparedados, las pastas, etc., gritó fuera de sí:

—¡Tome!... ¡Tome sus trajes!... ¡Tome sus joyas!... ¡Tome su auto y sus lujos!...

Y salió disparada, como si le dijeren que estaba ardiendo su casa.

Derval se quedó profundamente consternado. ¡La había errado! ¡No cabía duda de que la había errado! Y el caso es que ahora, después de tal exabrupto, Simone le gustaba más, muchísimo más. No podía resignarse a perderla.

Envió emisarios a casa de la muchacha. El propio Moreau, pese a su orgullo de jefe de personal, hubo de agachar la cabeza e ir a casa de la señorita Dupré a rogarle que depusiera su actitud y volviera al Banco.

—Señorita — le dijo, sin dignarse descubrirse—... el director me envía a buscarla... Venga en seguida...

—¡Si su director desea verme... que venga él aquí!

—Señorita... Si no viene usted, me echarán a la calle...

—De lo cual se alegrarán todos los empleados del Banco... particularmente el personal femenino... ¡Es mi última palabra, señor! Puede usted retirarse... ¡y cúbrase!

Cuando Moreau volvió a enfrentarse con su principal, apenas se atrevió a transmitirle el recado de la muchacha. ¡Pero, cuál no sería su sorpresa al ver que el señor Director, en vez de tomar a mal la orden de Simone de que fuese él personalmente a verla, pedía su coche precipitadamente y un instante des-

pués salía del Banco con la sonrisa en los labios!

El lector adivinará que Derval, al dirigirse a casa de la taquimeca, iba dispuesto a casarse con ella. Aquella muchacha le había demostrado que era lo bastante inteligente y bastante honesta para merecer el honor de casarse con un banquero.

Y el lector adivinará, también, que Simone Dupré, al ver entrar en su casa de huéspedes al señor Derval, no hizo muchos aspavientos y se dejó querer. ¡No era cosa de seguir en su papel de casta Susana, cuando tan brillantes horizontes se abrían ante ella!

FIN

Ediciones Biblioteca Films

96 PÁGINAS DE TEXTO
UNA PESETA

TÍTULOS DE LOS TOMOS PUBLICADOS:

EL ARCA DE NIE (2.^a edición).—D. Costello.
LAS MENTIRAS DE NINA PETROWNA.—Brigitte Helm
LA MASCARA DE HIERRO (4.^a edición). —D. Fairbanks.
TRAFALGAR (3.^a edición).—C. Griffith.
LA MUJER DISPUTADA.—N. Talmadge.
EL LOCO CANTOR (3.^a edición).—Al Jonson.
LOS PECADOS DE LOS PADRES.—Emil Jannigs.
EL DESFILE DEL AMOR (8.^a edición).—M. Chevalier.
EL AMOR Y EL DIABLO.—María Corda.
RIO RITA (3.^a edición agotada).—Bebé Daniels.
RASPUTIN (4.^a edición).—W. Gaidaroff.
LA INTRUSA (3.^a edición).—Gloria Swanson.
LA MARSELLERA (3.^a edición).—L. La Plante.
¡ME PERTENECES! (6.^a edición).—F. Bertini.
LA FIERRECILLA DOMADA (6.^a edición).—Mary-Douglas
EL GENERAL CRAK (4.^a edición).—J. Barrymore.
EL REY VAGABUNDO (5.^a edición).—J. Mac Donald.
UN HOMBRE DE SUERTE.—Roberto Rey.
CASCARRABIAS (4.^a edición).—E. Vilches.
LA VOLUNTAD DEL MUERTO.—A. Moreno.
NOCHES DE NEW-YORK.—N. Talmadge.
LA MUJER EN LA LUNA.—Willy Fritsch.
EL ZEPELIN PERDIDO.—Conway Tearle.
LAS LUCES DE LA CIUDAD (2.^a ed.)—Charlie Chaplin.
SU NOCHE DE BODAS (3.^a edición).—Imp. Argentina.
DON JUAN DIPLOMATICO.—Celia Moltalban.
EL EMBRUJO DE SEVILLA.—M. F. Ladrón de Guevara
LA ULTIMA ORDEN.—Emil Jannigs.
NAUFRAGOS DEL AMOR.—Jeannette Mac Donald.
LO MEJOR ES REIR.—Imperio Argentina.
UN CABALLERO DE FRAC.—Roberto Rey.
EL COMEDIANTE.—Ernesto Vilches.
LUCES DE BUENOS AIRES.—Carlos Gardel.
EL SECRETARIO DE MADAME.—Willy Fors.
LA ARLESIANA.—José Noguero.
ENTRE NOCHE Y DIA.—E. D'Algy.
LOS QUE DANZAN.—Antonio Moreno.

PEDIDOS A

Biblioteca Film - Apartado 707- Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Frac. queo gratis